

Flores y sangre pampina

Si dejamos de lado el terremoto de Chillán y otros desastres naturales pavorosos, deben ser pocos los acontecimientos que han impactado a los chilenos como la matanza de la Escuela Santa María, en Iquique a comienzos del siglo XX. El baneo de miles de trabajadores, reunidos pacíficamente en el centro de Iquique, por soldados y marineros al mando del general Roberto Silva Renard horrorizó al país en diciembre de 1907. El retroceso del movimiento obrero fue enorme. La huella sangrienta quedó en el recuerdo y se fue desdibujando en sus datos específicos mientras crecía en el mito, y en la cultura popular. Así lo expresó la poesía, la crónica periodística, los textos de agitación y el famoso “Canto a la pampa”, con letra de un poeta anarquista sobre la música de un vals que apenas se reconoce cuando se entona casi como melopea en los funerales de los viejos militantes. En 1952, la masacre fue narrada con maestría por Volodia Teitelboim en su novela “Hijo del salitre”, y unos quince años más tarde alcanzó cima de popularidad con la cantata que compuso Luis Advis para los músicos del Quilapayún. Crecía, entonces, el canto nuevo a parejas con el movimiento popular que marchaba a la victoria de 1970. La masacre saltó a la actualidad como memoria renovada y palpitante demandadora de una justicia que parecía alcanzable. Después, vino la dictadura, pero no desapareció el rastro del crimen colectivo del 21 de diciembre de 1907. Los trabajos históricos de Eduardo Devés y la novela “El invasor” de Sergio Missana, demostraron que el recuerdo seguía allí.

Reaparece ahora con brillo oscuro, en este libro “Santa María de las flores negras” de Hernán Rivera Letelier (Seix Barral), la última de sus cinco novelas publicadas, todas de tema pampino.

Ya el título insinúa drama y acento sacrificial. El “Santa María” aporta un toque religioso, en apariencia, porque pocos saben que el nombre de la escuela fue puesto en homenaje al anticlerical presidente Domingo Santa María, y las “flores negras” son eco de un verso popular: “soy la flor negra y callada / que nace y muere en la pampa”.

Esta novela marca un giro en la temática salitrera del autor, que sale del mundo reducido y más o menos íntimo de la oficina salitrera o del tren espectral que corre por la desaparecida vía del longitudinal rumbo al norte de ninguna parte. Hernán Rivera Letelier ingresa con ella a la historia real, a la épica de una tragedia colectiva en la cual anuda una sencilla historia de amores y frustraciones dolorosas.

Desde la pampa, bajan a Iquique, capital de la provincia de Tarapacá, los trabajadores salitreros en huelga. Marchan al puerto a reclamar justicia para peticiones que parecen elementales: pago en dinero, término de los abusos, algo de seguridad médica. Los patrones ingleses no quieren acceder a sus demandas y toda la pampa se despue-

bla. En el éxodo marchan cuatro trabajadores amigos. Olegario Santana, “particular”, que vive solo, que explota el caliche sin descanso para venderlo a la “oficina”, ex soldado del 79, que habla poco o nada y que no duda en echar mano al corvo si no hay otra salida. Con él vienen un obrero anarquista, José Pintor; Domingo Domínguez y también Idilio Montaña, principiante en el trabajo y en la vida. En la riada humana van también Gregoria Guerra, viuda de un pampino y sus dos hijos, el pequeño Juan de Dios y la casadera Liria María.

Aparece el amor entre Liria y el joven Idilio, cuya gran afición son los volantines. Se insinúa algo y después más de algo entre Olegario y Gregoria, viudos quejosos de sus soledades.

Iquique se ha conmocionado con la llegada de miles de huelguistas. Aunque se

gobierno central. Llegan soldados y más soldados, marinería y armamento de combate, mientras en la bahía vigilan los barcos de guerra.

Bien trabado, el relato funciona con dinamismo, con dos voces entrelazadas casi indiferenciadas en ciertos momentos. Una, la del protagonista colectivo, el pueblo pampino que lucha, demanda justicia y cae masacrado. La otra, una voz exterior que sigue las andanzas de los personajes que ven cruzados sus destinos de atracción, amores y desencuentros con la trama colectiva.

No son personajes modélicos ni tienen una conciencia estructurada de lucha social. Olegario Santana es desconfiado, aparte de taciturno. No cree en las posibilidades de victoria. Conoce demasiado bien la brutalidad de soldados y oficiales e intuye la fuerza incontrarrestable de los patrones aliados con el gobierno que quiere por sobre todo “imponer el orden”. Descubre en Gregoria, a la mujer fuerte que podría darle sentido a su vida. La mira con admiración y después con amor silencioso. Olegario y sus amigos son más rebeldes y empujados que lúcidos combatientes. No le sacan el cuerpo al trago ni a la jarana y están ligados por la amistad y el cariño hacia sus semejantes que los hace solidarios y compasivos, sin dejar de ser ásperos y quisquillosos.

El relato tiene ripios, hay diálogos un poco forzados y retratos esquemáticos. El lenguaje aparece adicionado con palabras que suenan extrañas, pero que corresponden a vocablos antiguos, muchos de los cuales se conservan todavía en los campos. A medida que avanza y con ella la fatalidad irremediable de un final que se conoce, la novela se hace trepidante y abrumadora. El ritmo se altera, sube la angustia. Sobrecoge la masacre narrada en pocas páginas con notable plasticidad y el contraste entre el desenlace sangriento y el mundo encantado que comienzan en la playa cercana los jóvenes enamorados que despiertan del sueño con el estampido de los disparos.

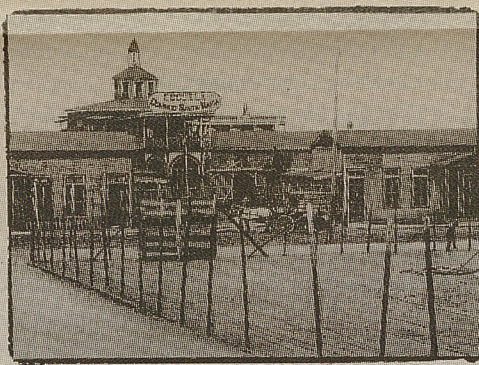
Olegario Santana vuelve a la pampa derrotado, lleno de humillación y tristeza. Lo abruma la memoria de los caídos, pero no abandona la vida solitaria y el empecinamiento con que toma la rutina del trabajo y de la vida, ahora con la ayuda del recuerdo. El amor y la esperanza quedan en manos de Liria e Idilio que vuelven al sur del país, huyendo de la muerte y de la explotación sin salida.

“Santa María de las flores negras” es, en muchos aspectos, un libro notable que marca una etapa superior en la novelística de Hernán Rivera Letelier ●

HERNAN SOTO

Seix Barral Biblioteca Breve

Hernán Rivera Letelier Santa María de las flores negras



comportan con orden y disciplina ejemplares, de todos modos atiborran la ciudad poniéndola al borde del colapso de abastecimientos y sanidad. Iquique se transforma en improvisado campamento, cuyo centro es la Escuela Santa María y la plaza que hay al frente. Se combinan diversiones, compras, amistades y conversas y la creciente expectativa sobre el resultado de las negociaciones para poner fin a la huelga. Los patrones siguen inmovibles. Cuentan con el apoyo de las autoridades y del

CÉSAR AIRA
Un episodio en la vida
del pintor viajero



En este libro electrizante, César Aira “relata desde dentro” una etapa de la estancia de Johan Moritz Rugendas en Chile y Argentina, y un episodio del viaje en que, acompañado por otro pintor amigo, atraviesa Los Andes, se detiene unos días en Mendoza y continúa su camino a través de La Pampa con la intención de llegar a Buenos Aires.

UN EPISODIO EN LA VIDA DEL PINTOR VIAJERO

César Aira
Edición: 1ª en Chile, Año: 2002
Nº de Páginas: 92
Formato: 11,8 x 21 cm.

www.lom.cl / lom@lom.cl

